

por esas gradas subía Sammy a su casa.

Y una vez que montaron la troza en el carro y la aseguraron con los ganchos, Burton vino hacia el aserrador y le dijo:

—Eche acá. Quiero, no sé por qué, ser yo el que raje esta tuca.

Cogió la palanca; conectó el plato, y poco a poco fue desprendiéndose la primera costilla. Clinton lo aseguraba —yo no sé, me niego a creerlo, no soy supersticioso—, pero él me dijo que, al continuar aserrando, el chirrido de la cinta y la respuesta en el sonido de la madera no eran los mismos de costumbre. Algo sonaba que más bien sugería un gemido; como si la troza se hubiera humanizado. Qué sé yo; de seguro él estaba muy impresionado; quizá fue imaginación... Mas, lo que sí es cierto, lo que aquí está presente y ustedes no pueden dejar de mirar, es que de pronto, al caer un tablón, ya hacia el corazón del árbol, mis-

ter Timber y el ayudante dieron un grito. Allí estaba, dibujado de mano maestra por una extraña ocurrencia de la naturaleza, el rostro de Sammy Scott.

Yo lo había conocido, también; y les aseguro que es su cara, así, un poco de perfil; su misma nariz ancha, sus gruesos labios, sus ojos entre irónicos y tristes; y todo terminado como quien dice a pinceladas pocas, exactas, y rápidas, tan rápidas como sólo el tiempo puede realizarlas en los oscuros jaspes de un zurá.

Mister Timber dominó su emoción e hizo retroceder el carro. Lentamente, poniendo mucha atención para hacer un trabajo perfecto, ordenó al palanquero un avance de dos pulgadas, y otra vez mandó al carro venir hacia la cinta dentada. Volvió a aparecer un jaspe, aún más nítido, con el semblante del negro.

El siguiente corte dió todavía, por una cara, casi el mismo dibujo.

La naturaleza, a veces, le roba el crayón al Greco.

Fueron tres hermosos recuerdos de Sam Scott. Burton Clinton compró los tablones. Uno está ahora en una choza de negros, en la zona del Atlántico, luciendo en la sala de Bob, el ayudante. El otro se lo llevó mister Timber para su patria cuando regresó allá a empezar en alguna otra cosa. Y éste que ustedes miran es el regalo que en prenda de amistad me hizo el bondadoso "macho" días antes de dejar estas tierras.

Mandé a hacer esta mesa, que sólo en las grandes ocasiones ocupamos en la casa, porque me gusta sentir que Sam come y bebe con nosotros, y me parece oírlo, libre y en alto, cantando Salmos.

San José, Costa Rica, 21 de junio de 1956

Mi canción

(En Rep. Amer.)

I

De lo hondo, de la sombra
o de la luz, casi de la desentrañable
tibieza de las cosas... salgo
para querer vivir sólo un minuto;
(la relatividad del espacio y del tiempo,
de tortuga o abeja, de silencio o bullicio,
de grito o de sollozo)
una alegría plena, un como recordar
de cosas idas y soleadas, un como presentir
futuros de fulgor inmutable.
Ese querer vivir viviendo
ese querer soñar viviendo
ese querer querer viviendo,
debo desmadejarlo del ovillo
del miedo o del silencio.
Saltar de alados miembros juveniles
que buscan más allá de los caminos.
Desnudar a las cosas de misterio
con valor de mirarlas sin vendajes
de niebla en la retina.
Sacrificarlo todo:
—disparates, absurdos, garabatos—
por un minuto —relativo
como tiempo o espacio—
y en diabólico y santo desbordarse,
encontrar en recóndito, interno,
delicioso paraje,
la desterrada esencia de la dicha perdida.

II

Lo cotidiano es todo.
Sí, tantas cosas humildes
que llegan y nos tocan
¡Inocencia!
sin querer dejar huella, tan sencillas,
Mas si forman una totalidad, un contenido,
si son nuestra vida más real, por ser cercana;
qué dilema, qué falta de sentido que estremece.

III

Desde el acontecer a los distante
existe un paso largo como un río
en que se juntan lágrimas y cantos
en un atormentar de desvarío.
Desde el acontecer a lo distante
(tiniebla ayer, luz en transcurso)
se siente la presencia de los cosas
tan viva y real cual en los poros mismos.

Antes misterio de silentes garras
mas hoy la vida en claridad constante.
Adolescencia: angustia. Experiencia
dolida de la doliente sombra,
para surgir como reacción violenta
en conciencia de acero y corazón de alondra.

IV

Ah! terrible, doliente desbordar de contenidos
detente, alerta, escucha.
¿Mas qué importan el niño en la ventana,
la muchacha que silba o la silueta?
Todo se desvanece. Todo muere.
Más doliente desbordar de cosas vivas,
más vivas en mi ser por ser mi ser,
detente para escuchar la voz de ese que canta.
Es más dulce su voz que tus sentidos,
más clara su retina que mis ojos,
¡y qué hermosa la vida si hasta él llega,
si en su sí se proyecta!
¿No es magnífico todo?
¿No es sublime?
Ah! mi sinceridad, cuando así te viertes
me redimes.

Cecilia Amighetti

Guatemala 1955.

Véase la página 168

Un homenaje al Dr. Lecuna

(CIRCULAR)

Santiago de Chile, octubre 20 de 1955.

Señor:

La Academia Chilena de la Historia, teniendo en vista la especial significación continental de la obra del historiador venezolano doctor Vicente Lecuna, fallecido el 20 de febrero de 1954, ha acordado dirigirse a las instituciones filiales del continente para que promuevan entre sus miembros y demás historiadores del respectivo país, la redacción de monografías destinadas a agruparse en una obra que podría titularse "Miscelánea Vicente Lecuna". La coordinación de las colaboraciones y la edición de la obra ha sido tomada a su cargo por la Fundación Vicente Lecuna, con sede en Caracas, a la que hay que dirigirse para cualquier detalle relativo a la materia.

Al transmitir a usted el acuerdo de nuestra Corporación confiamos en que, llevado de su alto espíritu americanista, cooperará eficazmente al mayor éxito de esta iniciativa.

Con sentimientos de consideración y aprecio nos suscribimos de usted atentamente.

Jaime Eyzaguirre
Secretario

Eugenio Pereira Salas
Presidente